

EL RETORNO

(Visión gloriosa)

El vasto aerodromo de Cuatro Vientos hervía en gente aquella tarde calurosa del mes de mayo de 1930.

Era el día de San Isidro, patrón de la coronada villa, y sin embargo, ¡caso inaudito en los fastos madrileños! la pradera del Santo se veía desierta y sólo algún que otro tradicionalista acudía allí para visitar la ermita y beber del agua de la fuente.

Todo Madrid, casi íbamos a decir que toda España, puesto que de todas las provincias habían acudido selectas representaciones, hallábase congregada en el aerodromo, fijos los ojos en el horizonte, palpitando de ansiedad los corazones.

¿Qué ocurría? ¿Qué visita regia aguardaban los españoles? Quizás en aquella tribuna ricamente decorada con tapices enviados por la Casa Real, podríamos hallar la solución anticipada a estas preguntas.

Allí, rodeado de un espléndido Estado Mayor, viendo congregadas en torno suyo todas las representaciones diplomáticas de cuantas naciones sostenían su embajada en Madrid, hallábase el Príncipe de Asturias quien, en representación de su Augusto Padre, había acudido al aerodromo para saludar a los esperados visitantes.

Y allí en lugar prominente, muy cerca de su Alteza Real, siendo objeto de preferentes atenciones y de significativas demostraciones de simpatía, veíase al representante de la nueva República Filipina, que apenas hacía un año había sido reconocida por las na-

ciones todas, después de haberle otorgado Norte América su ansiada independencia.

Los agasajos de que el Embajador filipino era objeto, la deferente solicitud con que a él se dirigía frecuentemente el Príncipe, las miradas y las frases de simpatía con que aquel brillantísimo concurso le distinguía, pruebas eran de que a Filipinas iba dedicada aquella fiesta y que un filipino iba a ser el héroe en aquella solemnidad.

Y, efectivamente, a eso de las tres de la tarde un suspiro inmenso de satisfacción, de alegría incontentida, brotó de aquellos pechos, y todas las miradas se alzaron y todas las manos aplaudieron y todos los labios prorrumpieron en un grito ensordecedor, estentóreo, unánime de ¡Viva Filipinas!

Era que un aeroplano de los más perfeccionados que entonces se conocían, avanzaba rápidamente, y después de describir una elegante curva sobre la tribuna del Príncipe, lentamente se dejó caer, aterrizando gallardamente en el centro del aerodromo, después de lucir sobre el azul de los cielos la bandera del sol y de las estrellas, que tremolaba con ufanía en sus aletas.

Inmediatamente descendieron de la tribuna regia el Príncipe y su brillante séquito, acercándose al aparato, cuando ya de éste saltaba veloz, apresurado, jadeante el pecho, emocionada el alma, el representante de Filipinas, aquel Juan de la Cruz que enviaba la nueva República como embajador suyo extraordinario a la antigua

Madre, correspondiendo a la visita que cuatro años, antes habían hecho a Filipinas los brillantes oficiales del cuerpo de aviación española, los capitanes Loriga y Gallarza.

Y al enfrentarse el representante de la Soberanía española con el representante de la República filipina, el Príncipe inició un apretón de manos que repentinamente se trocó, por impulso espontáneo de ambos personajes, en un estrecho, carifosísimo abrazo, que unió corazón con corazón, pecho contra pecho, a aquellos dos hombres que representaban dos pueblos distintos con una sola alma, con un mismo espíritu, con idéntica religión y con igual lenguaje.

Las bandas de música ejecutaron a la vez el Himno nacional filipino, y el grito de ¡Viva Filipinas! resonó nuevamente por todos los ámbitos del aerodromo, mientras que de los labios de Juan de la Cruz, reseca por la emoción, entreabiertos por el entusiasmo, brotaba aquel grito que tantas veces había repetido en su encantada tierra, mientras ansiaba con vehementes ansias la llegada de este momento indescriptible: ¡Viva España!

El pacto de amor inquebrantable, de indisoluble amistad, que tres siglos antes celebraron en Manila Legazpi y Sikatuna, nuevamente se sellaba en aquellos momentos en que la Madre Española estrechaba contra su pecho a su predilecta hija Filipinas.

Manuel RAVAGO

(Cultura Social, Junio 1926).